

¿Alguna vez has pensado decir, o has dicho estas palabras: "No me digas qué hacer" o "Haré lo que quiera"? Me imagino que todos lo hemos hecho. Hay un impulso tremendamente fuerte a la independencia, a la voluntad, dentro de cada uno de nosotros. El Evangelio de hoy sobre las tres tentaciones destaca este impulso.

Pero, ¿cómo podría el Hijo de Dios ser tentado? ¿Es este Evangelio una especie de parábola pero no real? Sí, es real. Jesús es verdaderamente humano como nosotros. No pudo evitar la tentación. San Pablo nos dice que incluso aprendió la obediencia de lo que sufrió.

El Hijo de Dios estaba confinado dentro de Su humanidad. Él tuvo que obrar nuestra salvación dentro de Su humanidad. El Hijo de Dios verdaderamente se humilló al hacerse humano. Recuerden cómo oró: "Padre, si es posible, evirar este sufrimiento que así sea. Pero que se haga tu voluntad, no la mía". Jesús fue verdaderamente tentado. Fue una parte vital de Su camino de salvación.

Y, por supuesto, nosotros también estamos tentados. Estamos contenidos, limitados en nuestra humanidad. Estamos atrapados en nuestra humanidad, y somos tentados; "Haré lo que quiera", "No me digas qué hacer". Todos tenemos nuestro propio temperamento, nuestra propia disposición. Hemos experimentado amor, hemos experimentado miedo y enojo, y, tal vez, relaciones y eventos traumáticos.

Pero estamos tentados a ser egocéntricos, a ser el número uno todo el tiempo, pero el impulso, la atracción es tan fuerte.

Bueno, ¿qué se supone que debemos hacer? Escucha a Jesús "... Ama a tus enemigos. Ora por los que te persiguen para que sean hijos de nuestro Padre que está en los cielos".

Ciertamente necesitamos esta limpieza en la Cuaresma, necesitamos la medicina que Jesús nos está ofreciendo.

¡Prueba un poco de penitencia esta Cuaresma! Todos necesitamos despertar a nuestro egocentrismo y al gran amor que Jesús tiene por nosotros.